

VI

PARÍS EN 1853

Al siguiente día del casamiento del emperador reinaban en París una animación y una alegría extraordinarias. Ya nadie se ocupaba de política: divertirse y ganar dinero era el doble objetivo de la población. A excepción de algunos hombres escogidos, nadie se acordaba de las libertades perdidas. La prensa con sus excesos y la tribuna con sus violencias habían hastiado al público hasta tal punto que al parecer no sentía que la una estuviese amordazada y la otra destruída. Un régimen mucho más riguroso que el de las ordenanzas que habían ocasionado la caída del trono de Carlos X parecía la cosa más natural del mundo.

Estaban todos tan saturados de discusiones y de emociones parlamentarias, que casi á nadie afligía el duelo del parlamentarismo. El Cuerpo legislativo, elegido por sufragio universal por seis años y compuesto de unos 260 individuos, sólo tenía poderes muy restringidos, y se limitaba á discutir y votar las leyes preparadas por el Consejo de Estado. Los diputados no podían ser ministros, y los ministros jamás se presentaban en el Cuerpo legislativo. Las sesiones eran públicas; pero no había tribuna y la reseña que publicaban los periódicos sólo consistía en la publicación del acta redactada por el presidente. Nada de discusión del mensaje, nada de interpelaciones, imposibilidad de derribar ministerios. El Senado constaba de ciento cincuenta individuos nombrados con carácter vitalicio por el emperador: sus sesiones no eran públicas, y no participaba directamente en ninguno de los poderes legislativo y judicial. Se le sometían las leyes, pero únicamente para que examinara si estaban conformes á la Constitución, y para que se opusiera á su promulgación si la contravenían. Los cardenales, los mariscales y los almirantes de Francia eran senadores por derecho propio.

A principios de 1853, el Senado y el Cuerpo legislativo llamaron la atención, no por sus tareas parlamentarias, sino por dos fiestas magníficas que dieron en honor del emperador y de la emperatriz, una en el palacio del Luxemburgo, y otra en el palacio Borbón. El conde de Montalembert, á la sazón individuo del Cuerpo legislativo, se negó á contribuir á la suscripción para el baile, y envió su importe al alcalde de Besanzón rogándole que lo invirtiera en algún objeto benéfico: el alcalde no quiso aceptar esta ofrenda un poco facciosa. Los amigos del parlamentarismo decían en París: «Derribar la tribuna, pase; pero sustituirla con un baile, es ya demasiado.»

Jamás había estado tan animado el gran mundo como en 1853. En aquella época no se daban los bailes y las grandes fiestas en la primavera, como hoy, sino en invierno. A principios de enero se abrían todos los salones. En los barrios elegantes, como el de San Germán, los Campos Elíseos, la Calzada de Antin, apenas había calle en la que no se vieran de noche los balcones resplandecientes de luz y no resonara el eco de alegres orquestas. El mundo oficial daba el ejemplo del mayor lujo. Se celebraban fiestas de rara magnificencia en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los grandes dignatarios. También se divertían mucho en el barrio de San Germán y en el mundo de la banca. La sociedad elegante de todos los partidos se congregaba los lunes, miércoles, y viernes en el teatro de la Ópera, y los martes, jueves y sábados en el Italiano antes de ir al baile. En aquella época se pasaba la noche en vela más que hoy: los bailes no acababan hasta muy entrado el día: los grandes restaurants, como el Café inglés y la *Maison d'Or*, permanecían abiertos toda la noche: la animación del bulevar no cesaba á ninguna hora. Los bailes terminaban con el Carnaval; pero durante la Cuaresma hasta la semana de Pasión había en las Tullerías conciertos en los que cantaban los principales artistas de la Ópera, del Teatro Italiano y de la Ópera cómica; en los ministerios y embajadas recepciones brillantes, y en la sociedad legitimista *raoúts* aristocráticos muy concurridos.

Los mismos adversarios del Gobierno se regocijaban al ver desaparecer el espectro rojo, y se entregaban con abandono al placer. M. de Mazade escribía en la *Revista de Ambos Mundos*: «No estamos ya en esos períodos nefastos de los últimos años en que dos personas no se encontraban cada mañana sin preguntarse por las catástrofes de la víspera, por las revoluciones triunfantes, por los tronos conmovidos, por las coronas arrastradas entre el barro de los motines. Ahora todo parece un torrente que ha vuelto á su lecho.» En aquellos momentos, las cuestiones exteriores no preocupaban á nadie, y los asuntos de Oriente tan sólo interesaban á los diplomáticos. La masa del público no veía ningún punto negro en el horizonte. Nadie creía que Napoleón III renunciara tan pronto á su programa del discurso de Burdeos: «El Imperio es la paz.» Jamás habían estado tan contentos los hombres de negocios, los comerciantes y los industriales, porque nunca habían ganado tanto dinero como entonces: los bolsistas estaban también satisfechos. Los vecinos de París se regocijaban de no tener que patrullar ó deshacer barricadas y de no oír los tambores tocando generala. El servicio de la guardia nacional, pocos meses antes tan fatigoso y arriesgado, se convertía en distracción; la milicia ciudadana, tiempo atrás tan animada, tan turbulenta, estaba ya tan tranquila como bien disciplinada.

París iba á transfigurarse y á ser la capital de las capitales. El emperador había decidido ya la terminación del Louvre, la prolongación de la calle de Rivoli, el ensanche del perímetro de los Mercados, la construcción del Palacio de la Industria, la apertura de grandes vías de comunicación entre las estaciones de ferrocarriles y los barrios del centro, la creación de jardinillos ó *squares* que

distribuyeran ampliamente aire, luz y verdor, y la transformación del Bosque de Boulogne en un inmenso parque de recreo, destinado á ser el más hermoso paseo del mundo entero. El 1.º de julio de 1853 instalábase el barón Haussmann, como prefecto del Sena, en la Casa de la Ciudad, donde su administración debía durar diez y seis años y realizar varios prodigios. Iba á apropiarse la frase dirigida por Luis XIV á Mansard: «Construíd, construíd sin descanso: nosotros haremos el adelanto y los extranjeros nos lo reembolsarán.»

M. de la Gorce ha escrito en su *Historia del Segundo Imperio*: «Tal era el estado del país en 1853; en la primavera se celebraron fiestas en tan gran número que llegaban á cansar tanto como el trabajo mismo; estaban en vías de realizarse importantes transformaciones; la riqueza pública aumentaba de un modo notable; la seguridad en el porvenir permitía hacer planes de cuantía; una sociedad frívola, pero con aspiraciones benéficas; falta de libertad, pero sin que nadie sintiera estar privado de ella; muchas grandes inteligencias dejadas á la sombra ó que se retiraban voluntariamente á ella, pero sin que se midiera todavía el vacío de tantas fuerzas no empleadas...; muchos gérmenes de corrupción ó de errores, pero tan profundamente enterrados que nadie presentía la evolución que los haría salir á luz.»

Se ha hablado mucho de la corrupción imperial. ¿El segundo Imperio ha sido más inmoral que la tercera República? No lo creemos. Los hombres de 1897 son menos alegres que los de 1853, pero no más morales; tienen la misma sed de placeres, la misma necesidad de lujo, el mismo anhelo de bienestar y de goces materiales. Sin embargo, hay cierta mejora en un punto: el servicio militar obligatorio ha hecho á la juventud más resistente á la fatiga y más disciplinada que antes. Las nuevas leyes, al suprimir la redención á metálico, no tan sólo han vigorizado el principio de igualdad, que es la base de nuestro sistema político y social, sino que también han proporcionado, no ya á unos cuantos, como en otro tiempo, sino á todos, aptitudes marciales de que Francia debe enorgullecerse. Aparte de este progreso, que es real, no creemos que haya gran diferencia entre las costumbres del París de 1853 y las del París actual. Tan honrada está hoy la virtud como entonces. Las pasiones humanas apenas se modifican; lo que sucede es que hay épocas en que los vicios son más elegantes que en otras, y en que el placer, como el lujo, es más ostensible. La superficie de las cosas cambia, pero el fondo no. El aparato escénico es más ó menos brillante, pero la comedia casi siempre la misma. En tiempo de la República, lo mismo que en el del Imperio, París no será nunca Esparta.

VII

EL PARTIDO REPUBLICANO

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los partidos en 1853. El que entre todos parecía más abatido, era el que tenía más fuerza y porvenir: el partido republicano. Juzgando por las apariencias, hubiérase dicho que estaba aniquilado para siempre; el sufragio universal le era enteramente contrario al parecer; en vano se habría buscado en el Cuerpo legislativo un partidario de la República. Los refugiados republicanos en Bruselas, como Bancel, Challemel-Lacour y Deschanel, que se dedicaban á la enseñanza, ó el coronel Charras y Edgardo Quinet, quienes se ocupaban en literatura, no ejercían influencia alguna. En Londres, donde eran más militantes, no ignoraban que jamás se reunían sin que hubiera en sus conciliábulos traidores y espías vendidos á la policía francesa.

Una especie de fatalidad pesaba en 1853 sobre los republicanos; se calumniaba encarnizadamente á los más honrados, representándolos como enemigos de Dios y del orden moral y haciéndolos responsables de las pasiones anárquicas y de los excesos de la demagogia.

Por otra parte, las jornadas de Junio habían abierto un abismo entre los republicanos moderados y los avanzados. Estos últimos estaban quizás más enojados con el general Cavaignac que con Napoleón III, pues en efecto aquél era el que había dado la señal de las represiones á todo trance y de las deportaciones en masa. Emilio Ollivier ha escrito en su obra titulada: *1789 y 1889*: «Lo que había sido más censurable en el golpe de Estado, esto es la deportación sin forma de juicio inaugurada por la República después de las jornadas de junio, no hizo sentir contra tan abominable procedimiento la indignación que se habría experimentado si la gente no se hubiera hecho á él.» Los radicales, los socialistas estaban quizás más irritados contra la clase media que contra el Imperio. Habían vituperado amargamente á la Asamblea nacional por la expedición de Roma, por las leyes reaccionarias y por la mutilación del sufragio universal. Se habían mostrado más hostiles al general Changarnier que al heredero de Napoleón y les habría sido más antipática una restauración realista que el restablecimiento del Imperio. Los obreros hacían reflexiones dolorosas sobre la iniquidad de los juicios humanos: con cuatro meses de diferencia habían sido tratados de héroes y luego de malvados; y sin embargo, desde el punto de vista legal, entre la revolución de febrero y la insurrección de junio no había diferen-

cia. Ante un gobierno fuerte y un ejército bien disciplinado, nadie pensaba ya en levantar barricadas. El emperador, guiando su faetón, se paseaba sin escolta por los barrios populosos en los que antes se organizaban los motines.

Sin embargo, en aquella época hubo muchas tentativas contra la vida de Napoleón III. Algunos individuos de sociedades secretas habían tomado la resolución de dispararle un tiro tan luego como se presentara una ocasión favorable, y habiendo sabido que el 6 de junio de 1853 se proponía ir desde el palacio de Saint-Cloud al Hipódromo, los conjurados se agruparon á su paso; pero la policía, avisada á tiempo, los prendió. El 3 de julio siguiente hubo otro complot organizado por franceses y por un belga, llamado de Meren. Aquel día el monarca debía ir á la Ópera Cómica. Los conspiradores habían resuelto que cuando pasara su carruaje se acercarían á él gritando «¡Viva el emperador!» que Meren daría entonces la señal disparando dos pistolazos, y que los conjurados, asaltando el coche, darían de puñaladas á Napoleón III. En el momento en que se preparaban á llevar á cabo su proyecto, fueron detenidos, y el soberano a salir del teatro fué vitoreado por la multitud.

No había nada de común entre los atentados de algunos sectarios y los sentimientos de la mayoría de los republicanos. Personalmente, Napoleón no tenía ninguna aversión á este partido; al contrario, su deseo más ardiente hubiera sido atraerlos á su gobierno. Aquellos de los republicanos cuyas sinceras convicciones é indomable energía conocía, eran adversarios que temía y apreciaba. Su primera idea al tomar posesión de la presidencia de la República en diciembre de 1848, había sido ofrecer á Lamartine la del Consejo de ministros. Todos los republicanos de viso que hubieran ido al Elíseo y más adelante á las Tullerías, habrían encontrado allí una acogida cortés y solícita. En 1849, el príncipe pensó en Víctor Hugo para la cartera de Instrucción pública y la embajada de Madrid, y siendo emperador no se enojó con el poeta porque hubiera escrito los *Castigos*. Citemos á este propósito un párrafo de la obra *Recuerdos del Segundo Imperio*, de A. Granier de Cassagnac: «Cierta día estaba yo en el despacho del emperador en Saint-Cloud. Revolvía algunos papeles y por casualidad tropezó con una hermosa y memorable circular de Víctor Hugo dirigida á los electores de París en 1858, y en la cual, adivinando los designios de los demagogos, predecía que había de llegar día en que éstos derribaran la columna de Vendome para hacer con ella moneda de cobre. El emperador, teniendo el papel en la mano, quedóse un rato pensativo, y luego, alargándome la circular, me dijo con triste sonrisa: — ¿Conocéis esto? ¿No es hermoso y arrogante? Pues bien: tengo que echarme en cara y sentir vivamente una gran falta. Víctor Hugo se mostraba afectuoso conmigo y adicto á mi causa. Un día fuí demasiado exigente y le mortifiqué. Un hombre de su valer habría sido una fuerza para mi gobierno, y hubiera difundido gran brillo sobre mi reinado.»

Puede decirse que si Napoleón III no hubiera sido emperador, tampoco habría sido monárquico, sino republicano. Tanto por los antecedentes de su ju-

ventud como por sus tendencias personales, era más bien hombre de la izquierda que de la derecha. En Italia había participado de las opiniones de los liberales más avanzados y combatido en las filas de los carbonarios. En Suiza y en los Estados Unidos se había presentado bajo el aspecto de un verdadero demócrata. Si en Francia había escalado el poder había sido merced á la república y á los republicanos. En su cautiverio de Ham no había omitido nada para granjearse la simpatía de personajes tales como Luis Blanc, Ledru Rollin y Jorge Sand. Después de la revolución de febrero fueron los hombres de la extrema izquierda, los Cremieux, los Luis Blanc y los Julio Fabre los que le abrieron de nuevo las puertas de la patria y devuelto los derechos de ciudadano. Como diputado, había tomado asiento en los bancos de la izquierda. Presidente de la República, tal vez habría sido fiel á su juramento, si hubiera podido ser reelegido por las vías legales. Después del golpe de Estado, que le dió un poder absoluto, había vacilado un año entero antes de restablecer el régimen imperial. Aun cuando ya no había libertad de imprenta, dejaba al periódico *El Siglo*, si no precisamente predicar la república, por lo menos expresarse en un lenguaje que agradaba á los republicanos. Este periódico, el único que había quedado después de la desaparición de sus colegas, se enriquecía con una clientela enorme y era una potencia que no disgustaba al emperador, quien decía que *El Siglo* era el *ministerio de la oposición*.

Quizás tuviera Napoleón III el presentimiento de que su reinado sería la transición entre la monarquía y la república. Reconociendo las exigencias de la sociedad moderna, conocía que el primer deber de todo gobierno consiste en mejorar la suerte del mayor número de personas, que el tiempo del país legal había pasado, que la oligarquía burguesa no tenía ya medio de regir la Francia, que la revolución de 1848 había inaugurado una nueva era, y que el sufragio universal, lo propio que la abolición de la esclavitud, era una conquista de la que no se podía desposeer ya á la democracia. Prefiriendo los obreros, los labradores y los proletarios á los burgueses, trabajaba en la formación de lo que podría llamarse *cuarto estado*. En su política exterior no era un conservador, sino un revolucionario. En el fondo del corazón no podía menos de reconocer que había cometido faltas para con la República, á la que tanto debía, y quizás lo sintió más de una vez, porque no ignoraba el prestigio que el solo nombre de República ejerce en la democracia. Pero en 1853, el país, ya que no el soberano, parecía olvidar todo esto, y el partido republicano no deber inspirar ningún recelo al Imperio.

VIII

EL PARTIDO LEGITIMISTA

El partido legitimista todavía inspiraba menos recelo al Imperio que el republicano. Después de la revolución de 1848, los partidarios del conde de Chambord habían desempeñado un papel político y parlamentario que no carecía de importancia. En la Asamblea constituyente y luego en la legislativa formaban un grupo homogéneo cuyo elocuente leader era M. Berryer, y que en las votaciones tenía una influencia á veces decisiva. Un legitimista ferviente, el conde de Falloux, ministro de Instrucción pública bajo la presidencia de Luis Napoleón, había contribuído poderosamente al buen éxito de la ley tan grata para los católicos, la ley sobre libertad de enseñanza. El partido legitimista había prestado entonces señalados servicios al heredero del Imperio. Sus principales jefes, y M. Berryer á la cabeza de ellos, habían votado en su favor cuando la elección presidencial y apoyádole en su lucha con los elementos de desorden. Muchas personas conspicuas del barrio de San Germán se habían presentado en los salones del Elíseo y recibido la mejor acogida. Cuando el golpe de Estado, muy pocos legitimistas fueron perseguidos y aquellos á quienes se prendió recobraron en seguida la libertad.

El 2 de diciembre, que tantas cóleras excitó entre los republicanos y los orleanistas, dejó bastante indiferentes á los partidarios de la rama mayor de los Borbones. «Creo que entonces, ha escrito Falloux en sus *Memorias de un realista*, incurrió el conde de Chambord en un grave error que ejerció funesta influencia en el resto de su carrera. El fácil éxito del golpe de Estado, el aplauso con que se recibió, el sufragio popular que lo sancionó, persuadieron á este príncipe de que, aparte de la violencia de los procedimientos y de la elección de hombres, había en él un aviso útil, quizás un buen modelo que imitar. No tenía en cuenta que Francia concedería á los descendientes de Bonaparte, organizadores de la sociedad moderna, lo que negaría á la casa de Borbón, ligada forzosamente al recuerdo del antiguo régimen. Esperar de las masas populares para el jefe de la monarquía tradicional el mismo atractivo y el mismo abandono que para un vástago de la raza que por el código civil ha implantado la igualdad en nuestras costumbres, sería la más desconsoladora de las ilusiones. Sin embargo, ¿qué otro motivo sino este error puede alegarse para explicar la brusca reacción que se notó en el ánimo ó por lo menos en la actitud del conde de Chambord?»

Hubiérase dicho que el jefe de la casa de Borbón, participando del sentimiento que Francia experimentaba en aquella época, estaba cansado y disgustado de la agitación parlamentaria. «No creo, ha añadido Falloux, que antes del 2 de diciembre el príncipe fuese un liberal muy avanzado, pero practicaba para con su propio partido el régimen parlamentario con la suficiente amplitud para dar á suponer que una vez en el trono lo practicaría también sin gran repugnancia. Después del 2 de diciembre pareció dar á conocer á su vez cierto absolutismo mantenido en reserva, y afectó no pedir ya consejos á nadie, y lo que es peor, pedirlos á veces á malos consejeros.»

En tiempo de Luis Felipe, el conde de Chambord había autorizado á los legitimistas para prestar juramento al rey de los franceses y tomar asiento en la Cámara de diputados. En 1852 cambió de parecer y prescribió á sus partidarios el abandono inmediato de toda función electiva y de todo cargo que implicase el juramento á la nueva Constitución. Como ninguna función electiva ni ningún cargo se libraba de esta obligación, todos los legitimistas se encontraban de golpe apartados de la vida política, y por obediencia al príncipe se presentaron innumerables dimisiones en los municipios, en las comisiones de beneficencia, en los consejos generales ó diputaciones provinciales y hasta en los tribunales consulares; en un momento el partido legitimista pasó de la vida activa á la inmovilidad y á la muerte. Falloux comprendió al punto el golpe que el conde de Chambord acababa de asestar á la monarquía. «Francia, escribía entonces, ha escapado al país legal de Guizot: más seguramente escapará al país artificial, más estrecho, más especial, que se negará á asociarse plenamente á ella, á sus destinos, á sus peligros, á sus luchas.... Se ha trabado una gran batalla social. Quien le falte hoy sistemáticamente, en virtud de una consigna, aparece á los ojos del país como desertor. Sus afecciones y sus recompensas serán para los mejores combatientes.»

Cuando el emperador fué proclamado, el conde de Chambord creyó que debía publicar una protesta; pero este documento, redactado en estilo magistral, tenía más carácter académico que práctico y el gobierno imperial temió tan poco su efecto que lo mandó insertar en la primera página del *Monitor*. A pesar de esta protesta, hecha en descargo de conciencia, el jefe de la casa de Borbón sólo se oponía platónicamente al Imperio. Hemos tenido ocasión de hablar á menudo con hombres que todos los años tenían el honor de sentarse á la mesa del príncipe y vivir con él bastantes meses, y nos han dicho que hasta la guerra de Italia, que censuró enérgicamente, había aprobado los actos de Napoleón III. Si hubiese empuñado las riendas del gobierno, no le habría desagradado una Constitución análoga á la de 1852 y mantenido el sufragio universal. Veía con gusto que el emperador, al reprimir los excesos de la prensa, hubiera conseguido lo que en vano quiso lograr Carlos X con sus ordenanzas. Es indudable que al heredero de San Luís le disgustaba ver que un Bonaparte renovara en su provecho la alianza del trono y del altar, y los dítirambos místicos del episcopado en

honor de Napoleón III no podían menos de herir la sensibilidad del hombre de derecho divino; pero el conde de Chambord no podía menos de aprobar que el emperador protegiese al Vaticano y que sostuviera con las armas el poder temporal del papa. Tanto como debía criticar la política francesa en 1859, tan favorable era á la de 1853.

Aparte de esto, el príncipe soportaba con resignación llena de nobleza y de serenidad su situación de monarca desterrado. Nadie olvidaba en torno suyo que era el jefe de la familia más antigua é ilustre del mundo entero. Luis XIV no fué tratado más respetuosamente en Versalles que su heredero en Froshdorf. Cuantos acudían á ofrecer sus respetos al príncipe quedaban encantados de su elevación de sentimientos, de la afabilidad de su acogida y de su carácter amable y jovial. Nacido el 29 de septiembre de 1820, tenía treinta y dos años cuando Napoleón III subió al trono: casado el 16 de noviembre de 1846 con la hija del duque de Módena, el soberano más reaccionario de Europa, no tenía hijos, pero tampoco desesperaba de tenerlos. Robusto y gozando de perfecta salud, había en su carácter un fondo de buen humor y de jovialidad que le ayudaba á ser feliz. Si acaso fué ambicioso, lo fué por deber y no por pasión. Su madre la duquesa de Berry no ejercía influencia sobre él. No le habría cabido en la cabeza una aventura tan audaz y temeraria como la intentona de 1832, ni se le ocurrió jamás la idea de renovarla ó de ensayar alguna tentativa análoga á las de Estrasburgo y de Boulogne. Habiendo impuesto á sus partidarios la política que muchos de ellos han llamado no sin despecho «política de los brazos cruzados,» aguardaba con una especie de misticismo los designios de la Providencia. Su grandeza le tenía sujeto á la playa, y con dignidad imperturbable contemplaba de lejos el curso de los acontecimientos. Napoleón III apreciaba á un adversario como él, pero no le temía.

IX

EL PARTIDO ORLEANISTA

Napoleón III temía mucho más á los orleanistas que á los legitimistas. Los partidarios de la monarquía de Julio eran más activos y más militantes que los del conde de Chambord. Los príncipes de Orleáns, que tan brillantemente se habían portado en los combates y con tantas simpatías contaban en el ejército y en la marina, no podían acostumbrarse al reposo. En cambio el jefe de la casa de Borbón estaba familiarizado con un reposo que había comenzado para él á los diez años de edad. Los recuerdos de la Restauración eran ya muy remotos, y recientes los de la monarquía de Julio. Los orleanistas, mucho más partidarios de la libertad de la prensa y del régimen parlamentario que los legitimistas, no se avenían á ver desaparecer unas instituciones que habían sido el programa y la razón de ser del reinado de Luis Felipe. En Claremont y en Twickenham había recriminaciones y cóleras que no existían en Froshdorf.

Los diputados orleanistas habían hecho á Luis Napoleón en la Asamblea legislativa una guerra mucho más ruda que los legitimistas. El 2 de diciembre los primeros fueron encarcelados y desterrados, mientras que los segundos sólo estuvieron detenidos unas cuantas horas. Sin embargo, á pesar del golpe de Estado, muchos amigos de los príncipes de Orleáns pensaban en adherirse al nuevo gobierno, pero los decretos del 22 de enero de 1852, en virtud de los cuales se confiscó injustamente una parte de la fortuna de los príncipes, abrieron un abismo entre ellos y el vencedor del 2 de diciembre.

El duque de Montpensier, cuñado de la reina Isabel, establecido en España, se ocupaba principalmente de los asuntos de este país. El de Nemours, cuyas tendencias eran más bien legitimistas que orleanistas, y que habría deseado vivamente una fusión entre las dos ramas de la casa de Borbón, soportaba su destierro con resignación puramente cristiana. Pero el duque de Aumale y el príncipe de Joinville, tan populares el uno en el ejército y el otro en la armada, no podían acostumbrarse á vivir lejos de sus compañeros de armas.

«De todos los príncipes, ha escrito M. de la Gorce, el más popular era ya el duque de Aumale, soldado, literato y artista á la vez. Para distraerse en su destierro, se entretenía en adornar su morada de Twickenham, y la adornaba principalmente con recuerdos de su vida militar y de su país. En su hogar, en el